

## **“Zorro eres el sol del cerro”**

**(Leer para mirar el mundo)**

**María José Ferrada**

La repetición es una fórmula engañosa. Porque de tanto repetir puedes aprender algo de memoria: las tablas de multiplicar, las capitales del mundo, palabras de un idioma extranjero y todas esas cosas que se supone nos sirven, pero también puedes vaciar de sentido una palabra, una frase. Un buen ejemplo podría ser el “¿cómo estás?” con el que nos saludamos y que sirve para todo menos para saber cómo está, cómo se encuentra en realidad, ese otro que tenemos en frente.

Sí, la repetición puede ser engañosa. Y hoy, a propósito de esta reunión pienso en repeticiones como: *la lectura es importante; los libros te hacen bien; un libro, un mundo; viva la lectura.*

Una reunión importante, porque durante dos días tendremos permiso para asomarnos a esas frases como lo haría un niño pequeño –sí, esos mismos que son nuestro blanco preferido a la hora de inculcar el amor por los libros– y hacer, tal como él haría, la pregunta más antigua y sabia del mundo: ¿por qué?, ¿por qué leer es importante?

Le pediremos a este mismo niño que nos ayude a contestar esa pregunta. Juan, así lo llamaremos. Y Juan es un niño pequeño que mira por la ventana y quiere nombrar a esos seres que todas las mañanas atraviesan volando su jardín. Pájaros, así se llaman, es su madre quien se lo ha enseñado.

El pequeño Juan crece, tiene 4, 5, 6, 7 años. Y sigue interesado por los seres voladores. En todo este tiempo los ha visto de diferentes tipos: pequeños, grandes, grises, verdes. Los ha escuchado cantar y le parece que cada uno lo hace en una escala diferente. Y es un día en una biblioteca, la de su escuela, donde Juan se encuentra con lo que hace un tiempo está necesitando: una guía de pájaros.

Y pasa que Juan lee, mira las imágenes, y la palabra pájaro se abre, se multiplica ahí ante sus ojos: donde solo había un pájaro hay ahora un chincol, una tórtola, un loro, una loica. El cielo donde esos pájaros se posan es el mismo, pero ahora a Juan le parece más grande. Por eso pide prestada la guía -ese tesoro- y la lleva brillando dentro de su mochila. Quiere enseñarle a su madre lo que ha

aprendido. Y ahí están ahora los dos, mirando hacia lo alto y notando que el cielo es, siempre ha sido, una presencia generosa.

Aunque no lo parezca, hoy Juan ha aprendido algo importante. Y es que quisiéramos que Juan crezca, tenga un oficio que lo haga feliz, una casa abrigada, una familia y buenos amigos. Pero no sabemos, no podemos saber si eso pasará.

Lo que sí sabemos es que el cielo siempre estará sobre su cabeza y él hoy ha aprendido a detenerse en detalles que sus ojos no siempre alcanzaban a ver. Y si la última vez que fue a la biblioteca encontró la guía de pájaros, quien sabe si en el estante del lado izquierdo pueda haber una película y en el estante del lado derecho un libro de poemas que han escrito otros que, encantados, han mirado al cielo como ahora lo hace él.

Es así como funciona.

Lo que equivale a decir que lo que ha encontrado Juan en la biblioteca de su escuela no es una guía de pájaros, ni siquiera una forma de mirar el cielo, sino una forma de habitar el mundo.

Volvamos entonces a la pregunta ¿por qué fomentar la lectura? una posible respuesta podría ser: para abrir a todos los niños como Juan, a todas las niñas, un cielo inmenso, un cielo repleto de pájaros.

Y es que, como dice la autora colombiana de libros para niños Yolanda Reyes, a propósito de su trabajo con niños y niñas que han habitado zonas de conflicto, la cuestión del lenguaje y la lectura se relaciona no solo con la poética sino también con la política y por lo mismo, existe una necesidad de invertir en entregar a todos una misma posibilidad de acceder al capital simbólico que en sociedades como la nuestra, está repartido, como tantas otras cosas, de forma desigual.

¿Por qué fomentar la lectura? Porque según un estudio de la Unicef del año 2017 uno de cada cuatro niños (25,5%) vive en nuestro país en un estado de pobreza relativa.

Y necesitamos que eso cambie. Necesitamos casas dignas, buenas escuelas, oportunidades para sus padres y madres, parques para que jueguen y todo esas cosas que podrían hacer que las condiciones de vida de esos niños y niñas pudieran mejorar. Pero esto no está de manera directa e inmediata en nuestras manos, sí de manera indirecta porque la democracia nos da la oportunidad de elegir a los gobernantes que consideramos que velarán por lo que a nosotros nos parece necesario e importante.

No quiero pensar, porque no me parece posible que esos niños y niñas no nos importen. Pero ahí están las cifras. Les recuerdo: 25,5%. Y hay algo que sí está directa e inmediatamente en nuestras manos: abrir un cielo para ellos. ¿Y cómo se hace eso? Esforzándonos al máximo en encontrar esa guía de pájaros que ha alegrado el día y tal vez los días futuros de Juan.

“Mis preferidas son las tórtolas. Mañana iremos a ver si encontramos en el cielo del jardín”, le dice a su hermano menor. Y es que esa guía que parecía haberlo estado esperando a él y solo a él, ahí en el estante, le ha brindado la posibilidad de pensarse, construirse y proyectarse en el lenguaje.

El canto de los pájaros –que ha sido el motor que ha despertado la curiosidad de Juan– es el primer eslabón de una gran cadena. Le siguen el científico que escuchó, miró, tomó notas. El fotógrafo, que se encargó de capturar la imagen de cada pájaro. El editor que se interesó en hacer una guía de pájaros, el diseñador, el imprentero, el librero.

Pero quisiera reparar en una figura sin la cual el trabajo de todos ellos no habría llegado a las manos de nuestro pequeño personaje. Me refiero al mediador, que estuvo ahí para leer antes que nadie, para observar, para escuchar con paciencia el pedido de Juan. Y que luego de hacerlo, buscó entre todos los libros, el indicado.

El mediador que cree que encontró un libro pero lo que encontró en realidad fue una puerta por la que Juan volverá muchas veces. Porque si hay un pájaro verde es posible que también haya uno azul. Si hay un pájaro que se alimenta del néctar de las flores, es posible que exista otro que se alimenta de rayos del sol.

Así es como funciona.

Y el mediador, llamémoslo bibliotecario, profesor, seleccionador de libros, buscará esta vez en la sección de poesía, en la sección de cuentos. Y cree, sigue creyendo que busca libros, pero en realidad lo que hace es construir una fortaleza dentro de la mente, el corazón, la memoria de Juan.

¿Y saben qué? todos necesitamos una. Porque esa fortaleza –que es también un observatorio, una lámpara– esa forma de mirar y habitar, es también un pilar que sujetará a Juan en días en que el viento sople demasiado fuerte.

Así que agradezco, en nombre de Juan, a todos los que están aquí por haberlo ayudado, desde sus distintos lugares, a encontrar esa guía de pájaros, porque lo que hacen no es trabajar con libros sino construir cielos más grandes.

Y antes de terminar, haremos que el tiempo avance. Ahí está Juan. ¿Y saben qué? no es un gran lector, pero es un hombre que conserva la costumbre de mirar el cielo. Y no puedo mirarlo sin recordar las palabras de Gianni Rodari, el escritor y pedagogo italiano, que además de regalarnos cuentos nos explicó que enseñamos a los niños a leer y a escribir, no para que todos sean artistas sino para que nadie sea esclavo.

Cierro esta conversación, me despido de Juan y de ustedes, con el breve poema, inspirado en los haikus japoneses, que escribió un niño de la escuela Koyam de Cunco Chico en la Region de la Araucania: “Zorro, eres el sol del cerro” .

Un breve poema que me enseñó, mejor que cualquier teoría sobre la lectura, que el mundo está ahí lleno de pájaros, zorros y soles, esperando que reparemos en él.

Volveré por última vez a la pregunta: ¿leer para qué?

Para aprender a reparar en esos detalles, en esa belleza. Para aprender a ser parte parte del cielo, los cerros, la tierra.